PUNTO DE VISTA Si bien las acciones inmorales pueden reportar beneficios en el corto plazo, en el mediano finalizan por destruir la libertad de quien tan radicalmente las defiende, y --dejados a sus cortas fuerzas-- terminan como esclavos de quienes tienen el poder de los votos, de las armas o de la demagogia

Una batalla necesaria

Por
Carlos Mayora Re*

Si se cava y se buscan las raíces desde las que se alimenta la discusión actual sobre el aborto, lo que en la superficie se presenta como cuestiones religiosas, más en el fondo termina por ser un tema profundo de humanidad.

En concreto, cuando el pensador se despoja de prejuicios ideológicos, sociológicos e incluso religiosos, el núcleo duro de la difícil cuestión del aborto presenta el rostro de la libertad.

En el fondo no subyacen cuestiones de fe o moral cristiana, sino dos concepciones opuestas de la libertad. Tanto de la individual de cada uno, como de la libertad política que los distintos sistemas de organización social alegan promover y defender.

Se enfrentan los que saben que la libertad es una cualidad irrenunciable de los seres humanos, por la que somos capaces no solo de optar por el bien, sino --más importante para lo que nos ocupa-- también de evitar el mal; y los que prescinden de categorías de bueno o malo, y piensan que la libertad consiste simple y llanamente en escoger sin coacción.

Entre medias también están los que niegan la libertad, porque le temen o porque no saben cómo utilizarla, y confían sus decisiones a terceros, ya sean líderes políticos, sociales o religiosos; la cultura en boga, la fuerza del sentimiento, o cualquier otra instancia en la que puedan flotar y dejarse llevar por la corriente moral que impere en la sociedad en la que viven.

Curiosamente tanto el individualismo que consagra la libertad como absoluta, o las doctrinas que absolutizan la cultura por encima de las personas, terminan por coincidir. Todos rechazan la concepción de la libertad humana como una capacidad para ser mejor, y defienden la postura que considera que ser libre es, simplemente, no estar sujeto a nada. Defienden el aborto como un derecho de los adultos, y miran para otro lado a la hora de considerar los derechos del no nacido.

Quien ha perdido el sentido de la inviolabilidad de la vida humana, no puede entender a los que defienden al no nacido, al enfermo terminal, a los débiles y necesitados

Declararse pro vida sin defender la realidad de la existencia de patrones independientes de la conciencia individual, es arar en el mar. Querer que el respeto de la vida --de toda vida-- medre en una cultura que "decide" cual vida merece respeto y cual no, quiénes tienen derechos inalienables y quiénes no, no solo es perder el tiempo, sino también renunciar a toda esperanza de diálogo, pues quien así razona habla en un idioma incomprensible para los que piensan diferente.

Quien ha perdido el sentido de la inviolabilidad de la vida humana, no puede entender a los que defienden al no nacido, al enfermo terminal, a los débiles y necesitados.

Entonces la vida gestante no es un fin en sí misma, sino un medio para el ejercicio de la "libertad" de quienes depende: la madre que no desea a su bebé, la sociedad que considera que no vale la pena traer nuevas vidas al mundo, el padre que solo ve en su hijo una complicación para su existencia, o los activistas que luchan por unos derechos abstractos y condenan a muerte a niños y niñas concretos.

En el fondo la dignidad de la vida humana termina siendo sustituida por la "calidad" de la vida humana. Una calidad que obedece a parámetros de utilidad.

La historia muestra que si la moral capitula a la autonomía de la libertad, en el hecho mismo de rendirse y sustituir lo bueno por lo útil, por lo placentero, comienza su auto destrucción. Pues si bien las acciones inmorales pueden reportar beneficios en el corto plazo, en el mediano finalizan por destruir la libertad de quien tan radicalmente las defiende, y --dejados a sus cortas fuerzas-- terminan como esclavos de quienes tienen el poder de los votos, de las armas o de la demagogia.

***Columnista de El Diario de Hoy.**
@carlosmayorare

SUPERACIÓN Una sociedad con más personas que dependen de programas sociales que los que contribuyen a su economía y riqueza, podría mantener a los políticos en el poder, pero no crea largas mejoras en los niveles de vida

¿Amigos? Programas sociales y negocios

Por
Víctor Clark*

La semana pasada asistí a un excelente evento organizado por Industrias La Constancia, que fomentaba el papel de las empresas privadas en los programas sociales. Siempre he creído en este principio. Sin embargo, el concepto más amplio de un vínculo entre programas sociales, industria privada y economía, es crucial para el éxito y crecimiento de ambos. Lamentablemente, a veces, gobierno e industria privada lo pasan por alto.

Dato: Los gobiernos, funcionarios públicos y políticos no generan riqueza; generalmente van a tomar más de lo que aportan. Son una necesidad para crear una civilización democrática que funcione, para mantener el orden, organizar programas del país; pero no generan riqueza. Algunos gobiernos crean temporalmente riqueza por la explotación de recursos naturales estatales, pero incluso esto es limitado. El verdadero papel de un gobierno es crear el espacio, clima y tiempo para su gente y empresas privadas para que generen riqueza. Esta es la manera de mejorar permanentemente los niveles de vida de todos.

Mientras un país cree más riquezas, más puede gastar en programas sociales para los miembros vulnerables de la sociedad. Una sociedad con más personas que dependen de programas sociales que los que contribuyen a su economía y riqueza, podría mantener a los políticos en el poder, pero no crea largas mejoras en los niveles de vida. La comprensión de estos vínculos está muy avanzada en el Reino Unido. No acapara los titulares, pero en la última década el Reino Unido ha gastado consistentemente un mayor porcentaje del su PIB anualmente en programas sociales que Venezuela. Mientras, irónicamente, algunos líderes venezolanos ocasionalmente retratan el Reino Unido como malvados capitalistas. El Reino Unido es también uno de solo cinco países (los demás son Noruega, Suecia, Luxemburgo y Dinamarca) en el mundo en cumplir con el objetivo de la ONU de dar más del 0.7 % del PIB para ayuda internacional.

¿Cómo ha conseguido el Reino Unido esto? El Reino Unido es capitalista en el sentido que promueve una economía de mercado abierta y libre, y da gran importancia a la competitividad. El Reino Unido apoya a las empresas privadas para ser competitivas en el mercado global. Ofrece grandes incentivos para atraer la inversión, nacional como internacional. Inversión crea empleo y riqueza. El año pasado el Reino Unido atrajo más inversión extranjera directa (IED) que cualquier otro país europeo y fue segundo en el mundo. Pero es doble vía, el Reino Unido es uno de los mayores inversores en otros países, la IED británica en Panamá se sitúa en alrededor de $ 5 mil millones, o aproximadamente el 20 % del PIB de El Salvador. El negocio británico está interesado en invertir en América Central, pero le toca a cada país crear el clima para atraer negocios.

Al igual que ILC, empresas privadas exitosas en el Reino Unido ven este círculo virtuoso. Apoyan programas sociales del gobierno. Ellos entienden que la inversión en programas sociales y comunidades locales aumenta la disponibilidad de una fuerza de trabajo talentosa y la prosperidad de su base de clientes. También aumenta dramáticamente su reputación y reconocimiento de marca, que a su vez aumenta las ventas, contratos y beneficios.

En toda América Latina, el gasto en bienestar social ha sido históricamente muy bajo. Ha dominado la agenda política en las últimas décadas, con millones ayudados a salir de la pobreza. La región debe continuar con este enfoque en el bienestar social, pero también debe incentivar y crear climas abiertos y competitivos para atraer inversiones y negocios con éxito. Esto proporciona la sostenibilidad de nuevas mejoras sociales y también tiene la capacidad de ayudar a resolver otras cuestiones, como la seguridad, proporcionando oportunidades alternativas.

Recientemente he estado al tanto de algunas de las agrupaciones del sector de diálogo del nuevo gobierno salvadoreño. Pero como un ministro del gobierno implicaba, hay poco mérito al diálogo a menos que al final el objetivo de todos sea un acuerdo. Estoy de acuerdo. El gobierno y las empresas se necesitan mutuamente. Tienen que ser mejores amigos. Necesitan un acuerdo. Si no ambos fallarán.

***Encargado de negocios de la Embajada Británica.**